

Adiós, Joaquín

Gerardo Piña-Rosales*

Conocí a Joaquín Segura a través de Odón Betanzos Palacios, a la sazón director de la ANLE. Joaquín y Odón eran íntimos amigos; amigos de sangre, solían decir, aludiendo al trágico fin de sus respectivos padres durante la Guerra Civil española. La primera vez que hablé con Joaquín fue en el acto de su recepción en la ANLE. Nos encontramos en los salones de *Noticias del Mundo* (periódico hoy desaparecido). El discurso de Joaquín había versado sobre «El inglés, pujante esperanto» —publicado en el *BANLE* de 1998, pp. 79-100—, minucioso rastreo de anglicismos, particularmente en la obra de Ramón J. Sender, el gran escritor aragonés exiliado durante muchos años en los EE. UU.

D. Joaquín Segura —*Jack* para los amigos— había nacido en Nueva York, ciudad en la que vivió la mayor parte de su vida adulta, pero nunca perdió sus raíces aragonesas. Su mocedad transcurrió en la localidad turolesense de Valderrobles, pueblo del que su padre era alcalde. En plena Guerra Civil, con apenas catorce años, empezó a traducir del inglés —que su padre le enseñaba— al español. Había cursado estudios de primaria y secundaria, que después, de vuelta en EE. UU., validaría y ampliaría con cuatro años de ingeniería eléctrica y dos de radio, televisión y comunicaciones. Nunca ejerció estas carreras, pero le fueron de gran utilidad para sus traducciones técnicas. Incluso dictó un curso de traducción en la Universidad de Nueva York durante cinco años. Tras varios empleos de traductor de plantilla y de subjefe de departamentos de traducción, fue contratado por la empresa TIME & LIFE para su nueva revista *LIFE en Español*, donde fue primero redactor especializado en temas científicos y después redactor jefe. En *LIFE en Español* trabajó dieciocho años. Al desaparecer esta, pasó a formar parte del equipo de redacción de la empresa Science & Medicine Publishing Company, donde, durante un decenio, fue redactor de dos publicaciones médicas en inglés —una sobre anestesia y la otra sobre cardiología—, así como codirector de operaciones editoriales.

Posteriormente se dedicó a la traducción científica y médica por su propia cuenta. En esa época fue nombrado miembro correspondiente de la Academia Norteamericana de la Lengua Española y un año después, numerario de esta y correspondiente de la Real Academia Española (RAE). Fue, además, censor de la ANLE, director de su Comisión de Traducciones y fundador y redactor de *Glosas*, además de colaborar con la RAE en varias de sus comisiones (Vocabulario Técnico, *Diccionario Panhispánico de Dudas* y *Nueva Gramática*). Al jubilarse, la ANLE lo nombró Miembro Honorario.

Durante varios lustros, y siempre en el seno de la ANLE, me relacioné con Joaquín. Su capacidad de trabajo y su perspicacia eran prodigiosas. *Glosas*, revista que fundó y edi-

tó durante muchos años, se fue convirtiendo, por el rigor y versatilidad de su contenido, en una publicación señera de nuestra institución. Al principio fueron solamente unas hojas volanderas, pero con el tiempo se publicaron en varios volúmenes. Joaquín, que conocía y apreciaba las nuevas tecnologías, no dudó en seguir publicando *Glosas* en soporte electrónico. Fue un éxito rotundo. Recuerdo que le solicitaban ejemplares de todas partes del mundo. (Pronto, y gracias a la nueva directora de *Glosas*, Silvia Betti, la ANLE publicará una selección de artículos y notas de la revista, la mayoría del mismo Segura).

En las reuniones de la directiva de la ANLE —Odón Betanzos, Nicolás Toscano, Jorge I. Covarrubias, Daniel R. Fernández, Mordecai Rubin, J. M. Cubeñas—, Joaquín intervenía poco, aunque en ocasiones, si se trataba de algún asunto relacionado con la infiltración en nuestra lengua de anglicismos innecesarios, no dudaba en llamar al pan, pan, y al vino, vino.

Nunca olvidaré la mirada de Joaquín, una mirada intensa, vitalísima, que denotaba un carácter recio y a la vez una gran bondad. Yo lo admiraba, lo respetaba y quería muchísimo.

Para mi suerte, éramos casi vecinos. Y da la casualidad —si es que existen las casualidades— de que dentro de unos días mi familia y yo nos mudaremos a una casa sita precisamente en la misma calle donde Joaquín, María y sus hijos vivieron largos años, en el Condado de Rockland (NY).

Todos los jueves, lloviera o nevara, Joaquín y yo almorzábamos en un restaurante del condado, a medio camino entre su casa y la mía. Yo lo animaba a que escribiera sus memorias, y empezó a redactarlas, mandándome, esporádicamente, en largos correos electrónicos, fragmentos de ellas. Parecían páginas sacadas de una novela de aventuras —sus recuerdos de la Guerra Civil española, su participación en la Guerra de Corea, en la II Guerra Mundial, sus relaciones con los exiliados españoles en Nueva York, etc.—, escritas en una prosa enjundiosa, ágil y precisa. El peso de los años y los muchos alifafes le impidieron terminarlas.

Cuando Joaquín y María decidieron mudarse a Carolina del Norte, se me encogió el corazón, si bien comprendía que, llegados a cierta edad, quisieran estar cerca de sus hijos. Antes de marcharse, Joaquín, conociendo mi pasión por los libros, me regaló muchísimos, incluso algunas primeras ediciones de obras noventayochistas.

Ya establecido en el nuevo estado, mantuvimos una correspondencia casi diaria. Siguió con *Glosas* hasta el final de su vida. Pero su legado continúa.

El haber conocido y tratado a Joaquín Segura fue para mí un honor y un privilegio.

Jamás lo olvidaré.

* Director de la Academia Norteamericana de la Lengua Española, Nueva York (EE. UU.). Dirección para correspondencia: acadnorteamerica@aol.com.